***VOTAR O QUÉ ONDA***

RENÉ AVILÉS FABILA

NACIÓ EN LA Ciudad de México en 1940. Obtuvo la licenciatura en Relaciones Internacionales e hizo estudios de posgrado en la Universidad de París. Su obra es muy amplia y reúne cuentos, novelas, libros de memorias, ensayos y artículos. Destacan las novelas Tantadel, La canción de Odette, Elgran solitario de Palacio y Réquiem por un suicida; los volúmenes de cuentos Hacia el fin del mundo, La lluvia no mata a las flores, Fantasías en carrusel, Todo el amor y Cuentos de hadas amorosas, y los libros autobiográficos Recordanzas, Nuevas recordanzas y Memorias de un comunista. Está traducido a diversos idiomas y actualmente la editorial Nueva Imagen publica sus Obras completas.

Es editorialista de primera plana de Excélsior, periódico al que ingresó formalmente en 1984 y en el que dirigió su sección cultural (1984-1986) y fundó el suplemento cultural El Búho (1985-1999). En 1999 fundó la revista cultural mensual Universo de El Búho, de la cual es director desde entonces.

\*\*\*Los jóvenes llegaron a la casilla electoral, mostraron sus respectivas credenciales del IFE y cada uno se introdujo en el sitio destinado a votar. Allí seleccionaron a todos aquellos que les garantizaban una actuación decente y honrada, que tenían un buen historial y un programa de trabajo adecuado.

Claudio y Daniel vivían en el mismo rumbo, en Coyoacán, sus demás compañeros de escuela en otros, pero todos habían quedado de encontrarse en un café luego de acudir a las urnas, para platicar, comentar cómo habían visto las cosas y, cuando hubiera resultados, ver qué paso sería el siguiente, dentro de un acabado proyecto ciudadano que ellos, luego de muchas discusiones, habían imaginado e iniciado en pláticas y al depositar su voto en la urna.

Claudio

Todos los que conocen a Claudio coinciden en que su niñez fue en verdad complicada y desmadrosa.

El único varón de una familia clase media baja, sin problemas aparentes, con tres hermanas, fue el tercer hijo y el consentido de su mamá.

Desde recién nacido, ignoramos por qué, su padre nunca lo aceptó del modo más adecuado, a pesar de ser el hombre de la familia y quien lo sustituiría cuando él muriera, según las viejas fórmulas. No hubo acercamiento entre ellos y se refugió en la figura materna, así como en la abuela (madre de su madre) y en su hermana mayor. Fue sobreprotegido por ellas tres y por ende flojo, poco empeñoso en la escuela. Por fortuna, no lo sería siempre, ni tampoco su padre un hombre distante de él el resto del tiempo. Las cosas suelen cambiar.

En la primaria fue uno de los peores promedios, reprobó varios años. Era muy peleonero, seguido lo expulsaban de las escuelas y su madre tenía que buscarle acomodo en otras instituciones, aunque fueran de paga. De hecho, fue el único de los vástagos que asistió a una escuela privada. Las hermanas cursaron su educación primaria en planteles oficiales y lo hicieron bien, sin problemas, incluso con altas calificaciones.

En la siguiente etapa, la secundaria, Claudio no mejoró, empeoró; las aulas le parecían celdas y al comprobar sus habilidades para los puñetazos y que, en consecuencia, tendía a ser líder de sus amigos y compañeros, optó por no asistir a clases con la frecuencia debida. Él los invitaba a no entrar a la escuela y a buscar diversiones en otros rumbos de la ciudad.

Un día, la directora de la secundaria, Esperanza Villasana, citó a su papá en la escuela para comentarle el comportamiento de su hijo. ¡Cuál fue la sorpresa del padre cuando la maestra Villasana le comentó que su hijo hacía más de una semana que no asistía a clases!

—Señor Sámano, quiero preguntarle si Claudio tiene algún problema o está enfermo.

—No, por supuesto que no –respondió Edmundo Sámano, quien tampoco tuvo una educación formal completa, acaso la preparatoria, el resto del tiempo lo había ocupado trabajando para poner un negocio propio–. Todos los días sale de la casa, desayunado, y dice que va a la escuela.

Regresa, como siempre, a eso de las 2:30 a comer y se pone a hacer la tarea. A veces dice que va a estudiar con sus compañeros de clase y regresa como a las nueve o diez de la noche.

No hemos notado nada extraño en su comportamiento. Ahora, me pregunto, ¿a dónde va?, ¿qué hace durante todo ese tiempo? No lo sé, créame.

—Además, señor Sámano, su hijo tiene un comportamiento bastante antisocial y antinacionalista. Con todo mundo se pelea, no hace honores a la bandera, no canta el himno nacional, no respeta a los héroes de la patria, se burla de nuestra historia y así por el estilo. Es un niño bastante sui generis. Especial, podría decir. ¿No platica con usted?

—Mire, maestra Villasana, realmente no comprendo esta conducta. En casa estamos muy orgullosos de nuestro país, de ser mexicanos. Mi bisabuelo sirvió a la patria, es más, murió defendiéndola en la guerra de Intervención, fue condecorado por haber defendido la ciudad de Puebla.

Mi abuelo estuvo en la Revolución, fue villista, tenemos fotos que lo prueban. Yo hice mi servicio militar en la Marina. Nosotros, mi familia, somos bastante nacionalistas y siempre buscamos ayudar al país. Esos son los valores que les hemos enseñado a nuestros hijos. No soy un hombre de muchas lecturas y no hice una carrera universitaria, pero a cambio he trabajado intensamente y he sido una persona honrada. ¿Qué puedo decirle de mi esposa? Es una mujer creyente, quiere mucho al país y a Claudio lo adora. No veo mayores problemas familiares, no considero de ninguna manera que seamos una familia disfuncional.

—Pues en verdad no lo entiendo –comenta la maestra Villasana–, su hijo para nada aparenta esas enseñanzas y está a punto de concluir la secundaria. He estado pensando en expulsarlo, pero no sé si ésa sea la solución. Por ello he preferido hablar con usted. Tal vez sean sus amistades, siempre está con Daniel Oceguera, otro adolescente conflictivo.

—Lo sé, maestra, conozco a Daniel, es inquieto también, pero no es mal muchacho. Le ruego que me dé, nos dé, una oportunidad, no queremos que Claudio deje la escuela y menos por expulsión.

Claudio recordaba las palabras de su padre, el tipo de reconvenciones que le echaba desde que había hablado con la directora de la secundaria era un fastidio completo, pero prefería escucharlo a que le quitara el dinero que mensualmente le daba. Eran ya los momentos en que las muchachas le despertaban inquietudes y gastos, desde luego.

Se refugiaba más en Daniel, en las afinidades mutuas, que eran asombrosas: poco estaban en desacuerdo y hasta el dinero compartían.

Pero todavía más ridículo le pareció el rollo que su padre recordó años después, en una reunión, ante sus más cercanos amigos, tal vez para avergonzarlo, y que más adelante también repitió delante de su madre: nunca había escuchado de su padre este tipo de argumentos, incluso le pareció un hombre de doble personalidad. O alguien capaz de mentir o al menos de moralizar. Su vida era normal, pero no andaba envuelto en la bandera.

Le era difícil dejar de lado los discursos que su padre solía improvisar luego del penoso encuentro con la maestra Esperanza Villasana. En una fiesta, dijo pomposo:

—Los muchachos de hoy han perdido el respeto por los valores patrios, creo que en tal sentido también la escuela debe cumplir un papel muy importante. ¿Dónde están las clases de civismo, cómo fortalecen ese amor a México, a las instituciones nacionales? ¿Qué hacen los maestros para que los niños aprendan a amar a México, respetar sus principios y trabajar para su desarrollo social, económico y espiritual?

—Mi padre –le contó Claudio a Daniel– hablaba como si tuviera un doctorado en nacionalismo o fuera el rector de alguna universidad picuda.

Qué hueva.

Su amigo Daniel no pareció sorprendido.

—Pues el mío no canta mal las rancheras.

Hace muy poco soltó su rollo a dos de sus primos:

“Ustedes saben que tengo hijos y que no van muy bien. Incluso, me quejé cuando en la educación secundaria fueron canceladas las clases de civismo, que constituían un importante elemento para transmitir esos valores, esos principios fundamentales”. ¿Qué te parece, mi papá disfrazado de jilguero político? Es casi lo mismo: hablaba como si fuera una asamblea de maestros o de funcionarios de la SEP.

—Sí, en efecto, nuestros padres son del Jurasic Park. A veces pienso que los pobres lo hacen con buenas intenciones, sin duda, pero ya no son los métodos, viven en el pasado muy remoto –Claudio dio por terminada aquella incómoda plática.

El padre de Claudio juega a ser Sherlock Holmes El otro día, seguí a Claudio para ver qué hacía durante la mañana. Aprovechando este suceso, creo que algo semejante deberíamos hacer todos para saber qué hacen estos muchachos aparte de ver televisión y mandarse correos electrónicos o juguetear y perder el tiempo con el celular. Especialmente pensando que pronto saldrán de la preparatoria.

Edmundo Sámano se confesó a sí mismo que en realidad no sabía qué hacer, qué pensar, a dónde ir.

Estaba muy confundido, pero, sobre todo, avergonzado, furioso contra Claudio. ¿Cómo era posible que, a él, sí, a él, le llamaran la atención por el comportamiento antinacionalista de su vástago? Eso era imperdonable. Pensó que, si esto se diera a conocer, sería una afrenta para la familia y enlodaría el nombre de la familia Sámano, tan respetada en los modestos círculos en donde se movía. No lo podía creer. Las quejas escolares se acumularían y los vecinos verían a Claudio como a un vago sin futuro.

Edmundo siguió reconstruyendo la historia.

Más tarde, regresé a mi casa y nada comenté, ni a mi esposa. Esa noche no pude dormir pensando en lo que haría. En cómo reprendería a mi hijo. Qué castigo le impondría. Cómo iba a quitarme de encima la pena de que me hubieran citado en la escuela para reprenderme por las faltas de Claudio. Por fin, concilié el sueño como a las dos de la mañana.

Cuatro horas después me levanté, me bañé, desayuné y comenté que tenía que ir a Puebla, a ver unos clientes. Hice notar la ropa que llevaba y el color, con la intención de que lo recordaran, pues pretendía cambiarme para seguir a Claudio y que no distinguiera el gris claro del traje que llevaba. Más tarde me pondría una chamarra negra,

así como una gorra y gafas para despistar a mi hijo.

Yo estaba molesto, irritado, sin saber qué iba a encontrar, con una idea fija: los hijos deben ser mejores que los padres. Salí del hogar, poco antes que Claudio, y contraté un taxi para ver a dónde iba. Cuando el muchacho se dirigió hacia el Metro, tuve que abandonar el coche para seguirlo.

Claudio se bajó en el Auditorio y continuó hasta el Castillo de Chapultepec. Allí se encontró con un amigo al que ya había visto, Daniel. Los jóvenes platicaron un rato, y se dirigieron al monumento a los Niños Héroes, de allí al sitio donde murió Juan Escutia. Por último recorrieron el Museo de Historia.

Daniel y Claudio salieron del Castillo de Chapultepec y luego de despedirse cada quien tomó caminos distintos, supuse que para su respectiva casa.

La verdad es que me desconcerté, los imaginé

preparando un asalto o que iban a fumar marihuana. En casa, comí y repasé la escena vista.

En la noche le pregunté a Claudio qué estaba haciendo. Y qué chasco me llevé cuando me contestó: —Un trabajo para la clase de historia, sobre la guerra contra la invasión norteamericana. No les creo mucho a mis maestros. Hacen una apología de esa época y quise ir a comprobarlo. Hay cosas que me cuesta trabajo creerlas, como aquello de que Juan Escutia se envolvió en la bandera nacional y se aventó para que no quedara en manos de las tropas gringas. Pero ya fui a ver el sitio y me convencí de que es cierto. Ahí está un obelisco que indica el lugar donde cayó el cadete envuelto en la bandera. En fin, creo que ya voy a terminar el trabajo y se lo llevaré el lunes a mi maestra. ¿Sabías que los niños héroes eran menores que yo, papá?

Sólo pude balbucear que no, que no lo sabía.

Lo felicité por su búsqueda y descansé profundamente.

Y todos estos malos entendidos me permitieron estar más en contacto con mi hijo, comprenderlo mejor. No cabe duda que no hay mal que por bien no venga. Sin embargo, no dejaba de preguntarme qué le había sucedido a mi hijo, no parecía el mismo, había cambiado de un día para otro.

No obstante, esto me permitió reflexionar: qué alivio, imaginé que se iba de pinta, a jugar con algunos chamacos o a vagar por la ciudad. Y no, estaba comprobando parte de la historia de este país, con uno de sus mejores amigos, Daniel, el que tampoco me inspiraba confianza.

En fin, para terminar el asunto, fui a ver a la directora de la escuela secundaria y le comenté lo sucedido. Con cautela, le pedí que lo vigilaran y le exigieran más trabajos.

Ahora comprendía las actitudes de Claudio, por qué se burlaba de los símbolos patrios y no ponía atención en honrar a la bandera nacional.

Eran simples dudas. Titubeos por fortuna superados. Ahora estoy orgulloso de mi hijo. No podía fallarme. Ignoro hasta qué punto nosotros, sus padres y maestros, contribuimos a la transformación, pero lo importante es que ha corregido el rumbo.

La directora lo miró con cierta simpatía y le dijo:

—Creo que los muchachos han actuado con inteligencia, pero yo quiero suponer que, en el fondo de ese cambio, estábamos nosotros, la familia y la escuela.

Daniel

La suya no era una educación muy rigurosa. Cumplió dieciocho años en el bachillerato. A esta etapa escolar había llegado de panzazo, y eso porque su simpatía personal impedía que muchos de sus maestros lo reprobaran. Le ponían el seis, para no perjudicarlo, decían sus profesores. Tampoco

Daniel mostraba mucho entusiasmo por los estudios. Prefería estar con sus amigos, recorriendo calles, buscando muchachas, platicando. Como mala broma, decía que se preparaba para ser el criminal perfecto y matar el tiempo sin recibir castigo alguno. Todo esto lo hacía de preferencia con su amigo Claudio. Aunque no tenían mucho tiempo de conocerse, realmente se entendían muy bien.

Compartieron una historia de pésimos estudios y mucha vagancia, pero en la prepa cambiaron, sin duda por los maestros. O porque sus compañeros mostraban más interés en los problemas sociales.

El proceso no fue inmediato, pero luego del primer año, Daniel y Claudio habían evolucionado.

En alguna de las pláticas entre ambos apareció el tema de votar o no. Era más una respuesta a la intensa publicidad que provenía de los medios de comunicación y no porque él o sus amigos estuviesen interesados en algún partido. Desde la secundaria, el maestro de historia había dejado en claro que era inútil votar. Una y otra vez, aquel hombre de unos sesenta años de edad, que despertaba inquietudes en los alumnos, que sabía interesarlos en la historia de México porque contaba de modo muy ameno los hechos y hasta fingía las voces de los grandes personajes, hablaba de su propia experiencia. Era una suerte de monólogo que no le disgustaba a Daniel:

—Miren, muchachos, cuando yo era joven no había más partido que el PRI. Hubo momentos en que obtenía casi el cien por ciento de votos. ¡Imagínense! Hasta los muertos votaban. No había

oposición, entonces, ¿para qué ir a votar si conocíamos el resultado anticipadamente? Y ahora, bueno, pues las cosas están peor. Los partidos son una porquería, no hay uno que valga la pena...

Todos son unos ladrones, corruptos e incapaces.

Viven en medio de pugnas, de escándalos... Y los alumnos parecían coincidir con su profesor.

Al menos ninguno lo refutaba o le exigía ir más a fondo, preguntarle qué sería el país sin partidos y sin elecciones. Pero si en la escuela Daniel no encontraba la explicación adecuada para votar, en su casa sus padres tampoco tenían grandes preocupaciones al respecto. El papá vivía absorto con el futbol y sólo sus problemas económicos lo inquietaban y lo hacían quejarse ante su esposa. Le echaba la culpa de todos sus males al gobierno y de ninguna manera a sus propios errores o falta de empuje.

Daniel veía los problemas familiares a distancia, realmente le importaban poco porque no tenía una noción del futuro que buscaba. Las escuelas para él eran un fastidio, en ninguna se sintió cómodo. Sólo la amistad de algunos compañeros le atraía o al menos le divertía. Con dos o tres de ellos solía irse de pinta, recorrer el Bosque de Chapultepec, algunos museos céntricos o de plano ir al cine o al billar cuando había dinero. En todos buscaban muchachas que ligar y no era difícil: la ciudad estaba llena de estudiantes que querían algo parecido a lo que deseaban Daniel y sus amigos: entretenerse. Allí estaban las afinidades con Claudio, a quien conoció en el tercer año de secundaria.

Del otro lado, del de sus padres, la verdad es que estaban hartos de la indisciplina de su único hijo. Lo habían corrido de multitud de escuelas por insubordinación, pleitos y más de una pillería.

De pronto buscaba la forma de sustraer un celular o algo de dinero de las mochilas de sus compañeros.

Como si fuera poco, del servicio militar lo habían expulsado una y otra vez. La última fue memorable y solía contarla:

—El caso es que el buey del sargento, un pinche idiota de medio metro, me dio órdenes que no obedecí y me gritó y que le rompo la cara. Todo el día encerrado en una celda apestosa, me pusieron a limpiar fusiles y a cada rato llegaba otro oficial a echarme una cantaleta sobre la patria y los héroes que se sacrificaron por ella.

Finalmente, el padre de Daniel optó por comprarle la cartilla al muchacho, más bien por pagar por la liberación del documento. No faltó el regaño:

—Claro, hijo, es un documento indispensable para conseguir trabajo. Estoy de acuerdo contigo, nunca entraremos en guerra con otro país, tenemos una larga tradición pacifista, pero es cuestión de disciplina, de respetar las leyes.

Sólo que Daniel pensaba más en jugar billar y dominó que en concluir una carrera y obtener un buen empleo. Las calles ejercían sobre él una influencia muy fuerte. Le gustaba recorrer largas extensiones en compañía de sus cuates. De pronto tomaban el Metro y se paraban en cualquier lugar para caminar por rumbos deprimentes o elegantes. Los contrastes le llamaban la atención.

Comían donde podían, según sus posibilidades de ese día, y solían entrar en los centros comerciales a mirar aparadores, perder el tiempo y ver si la predicción de uno de ellos, Jorge, podía ser cierta: conocer mujeres bonitas con dinero y coche. Otro pasatiempo era entrar a Mixup a escuchar discos, estaban allí horas y al final nada compraban. Chapultepec era otro objetivo, allí permanecían mucho tiempo. Platicando simplezas.

Entrar al cine era lo mejor que podía sucederles, aunque ya una vez los habían sacado por platicar escandalosamente, poner los pies sobre los respaldos de las butacas de enfrente y molestar a dos muchachas que optaron por quejarse. Eso era entretenido.

Ya en la preparatoria, el mejor amigo de Daniel era Claudio. Consolidaron la amistad iniciada en la secundaria y quizá por ello sentían una cierta hermandad, al menos coincidían en más de un aspecto. Desde que llegaron a la prepa siete de la UNAM, en Calzada de la Viga, se sintieron vinculados y sin darse cuenta ampliaron el círculo de amistades.

El grupo era amplio, pero ellos dos sentían mutuo respeto, cariño. Una vez, El Tractor, un tipo rudo, violento, de mayor peso, que jugaba futbol americano, retó a golpes a Claudio. La diferencia de tamaño era evidente, pero Claudio era bueno para pelear, realmente era un peleador callejero, había aprendido a no acobardarse y lo enfrentó.

Al principio las cosas iban más o menos parejas, pero pronto el peso y el entrenamiento del Tractor comenzaron a imponerse. En algún momento, Claudio fue a dar al suelo con la boca sangrada.

Daniel no lo pensó, sintió una oleada de violencia perfecta y se lanzó a patadas y puñetazos contra el enemigo común. En efecto, El Tractor era un pinche mamón, llegaba al patio principal vestido (disfrazado, decía Daniel) con toda la ropa, el casco incluido, del equipo de la prepa. En cuanto Claudio pudo reponerse, colaboró en la madriza.

El Tractor quedó como si todos los jugadores de la UNAM hubieran pasado sobre él. Lo curioso es que nadie trató de impedir que entre ambos dejaran en calidad de herido grave al muchacho. Lo abandonaron en el suelo, sin ayuda, mientras Claudio y Daniel iban a buscar unas cervezas para festejar el triunfo.

Claudio

Puta madre, qué ganas de beber unas chelas bien heladas, pensó Claudio mientras trataba de recordar la fiesta que comenzó a eso de las seis de la tarde en casa de Daniel, aprovechando que estaba solo. Sus recuerdos eran vagos, sólo le quedaba claro que alguno de los cuates había comenzado una larga discusión política. Eso era, entre ellos, algo extraño. Carajo, estaremos madurando, qué hueva, ojalá sólo hayan sido los efectos del ron. Les dije que no lo mezcláramos con esas bebidas gringas tan raras.

El celular sonó. Era Daniel:

—Qué onda, buey, te perdiste luego de la bronca política. A mí nada me quedó claro. ¿A quién se le ocurrió el temita, hijo? Creo que hasta ahuyentamos a las chavas... Ah, se quedaron un rato...

Bueno, luego te fuiste con Hilda o qué... No me digas eso, a poco ya estamos rucos, no me digas que sólo los ancianos tratan asuntos de grilla. No, también a los chavos nos interesa la polaca, ¿o a poco vamos a pasar toda la vida bajo control de partidos inaceptables? Claro que no mi buen, por lo menos hay que saber quién y a dónde nos llevan...

Claudio quedó en verse más adelante con el grupo. Era la hora del sermón de la montaña, del regaño de los padres por haber llegado tan tarde o tan temprano y oliendo a puro alcohol. Pero no, el papá le dijo algo que no había pensado jamás:

—¿Ya sacaste la credencial de elector, el plazo está por vencerse?

Daniel y Claudio

Daniel y Claudio fueron cambiando de actitud, gradualmente dejaron sus acciones habituales. Otro

era el ambiente que prevalecía en la preparatoria.

Lo era al menos con los jóvenes más destacados, los que tenían inquietudes intelectuales, discutían los temas políticos y buscaban a los mejores profesores. Allí, en suma, se vincularon con muchachos muy aguerridos, que no creían en nada ni en nadie, que estaban en contra de todo lo establecido y casi eran anarquistas. No obstante, era un grupo muy estudioso, con buenas calificaciones, que hacía círculos de estudios literarios, filosóficos, políticos, asistían a clases de idiomas, iban a conferencias. Era un grupo preparado, aunque incrédulo de nuestros gobernantes y nuestros políticos. Ningún partido político les convencía.

Ellos quisieran formar uno, a su medida, con lo mejor de todos, pero era muy utópico. No tenían clara o bien definida su ideología y menos a quién recurrir.

Por otra parte, la situación del país tampoco les ayudaba mucho. Veían cómo los políticos cambiaban de partido como de camiseta. Y en realidad, lo que les interesaba era el poder, y con él, el dinero. Los fabulosos sueldos, negocios y prebendas que los puestos políticos, legislativos o burocráticos traen consigo o permiten.

—Ya no hay distinción entre las ideologías. Se piensa que el de derecha se hace de izquierda sólo por conseguir chamba en un partido y viceversa.

Ya no se toman en cuenta los principios ni la ideología. Sólo se pretende ganar a toda costa: corrupción, compra de votos, quema de urnas, etcétera–solía explicar un maestro decepcionado de los partidos políticos.

Cuando Claudio y Daniel ya tenían dieciocho años y casi la mayoría del grupo estaba en esa edad, discutieron la conveniencia o utilidad de obtener la credencial de elector. En su casa, sus respectivos papás los estaban presionando para sacar la credencial para votar. Por otra parte, más de un profesor mostraba su repugnancia hacia un sistema político envilecido (era el término que utilizaban). No cabía la menor duda: ellos mismos tendrían que tomar una decisión, considerando todas las posiciones.

Claudio:

—El voto es un derecho con el cual nacemos todos los hombres y mujeres de este país. Desde que cumplimos la mayoría de edad, podemos ejercer este derecho, el cual nos da la oportunidad de hacernos escuchar y expresar nuestras opiniones, sugerencias e inconformidades. Es la única manera de cambiar las cosas que no te gustan. La democracia es el único sistema que te permite tener algún control sobre sí mismo y sobre la colectividad. El voto es lo único que tenemos los ciudadanos para castigar o premiar a los gobernantes.

—Sí, lo sé –repuso Hilda–, pero también es hacerles el juego a los políticos. Es decirles que creemos en ellos, que volveremos a votar por ellos. Si siempre son los mismos: ahora son gobernadores, después diputados, luego senadores y hasta llegan a ser asambleístas, todo por seguir en el hueso.

Claudio, apoyado por Daniel, trató de razonar lo mejor posible:

—De acuerdo, amiga, pero eso hay que expresarlo a través del voto o asistiendo a los mítines o mesas redondas para exponer nuestras ideas y conceptos sobre tal o cual candidato. De todas maneras, en estos momentos no hay elecciones. Por lo pronto saca tu credencial, ya que te sirve como una identificación válida y, cuando llegue el momento de votar, lo discutiremos más a fondo.

Tampoco en casa de Daniel sus padres dejaban de preocuparse por el estado de las cosas en el país.

Ahora las quejas tenían una orientación: los partidos y el gobierno deben cambiar, deben seguir el rumbo que la sociedad les imponga. Esto es, seguían molestos con los partidos políticos, los veían como una horrenda plaga, pero pensaban que, si no contribuían como sociedad, el país quedaría en manos de una atroz partidocracia. A Daniel, este tipo de problemas comenzó a modificarle su conducta rebelde, o mejor dicho, a darle un cauce diferente.

Podríamos decir que la evolución de ambos muchachos era muy semejante y discutían el tema cada vez con mayor apasionamiento con sus demás amigos.

—Está bien, creo que sí es conveniente obtener tal credencial –concluyó Daniel luego de una plática familiar.

En el grupo de Claudio y Daniel, después de varios días de discusiones en las que ambos expusieron sus pláticas con sus respectivos papás, llegaron a una conclusión: “sí hay que obtener la credencial de elector y seguiremos analizando la conveniencia o no de votar en las próximas elecciones. Total, la charola de algo nos servirá, al menos como identificación”.

Así lo hicieron, y continuaron discutiendo sobre las ventajas de emitir el voto. Al círculo de estudio asistió una nueva compañera, invitada por Juan, que era su prima llamada Arcelia. Ella provenía de una familia de profesores universitarios, sus padres estaban muy bien preparados, ambos con doctorado, uno en historia y el otro en filosofía. Ella iba a estudiar filosofía en la UNAM, donde sus padres eran catedráticos.

Las discusiones sobre las próximas elecciones cada día se ponían más interesantes. Para ese entonces el grupo ya llegaba a las doce personas, cinco mujeres y siete hombres de distintos estratos y disciplinas. Pero muy cordiales entre sí. En verdad congeniaban, se veían con respeto y simpatía. Discutían con argumentos, no con insultos y descalificaciones. Todos tenían el mismo peso y los argumentos eran respetados, aunque cuestionados.

Un día, Arcelia puso en la mesa la pertinencia de no votar. Inmediatamente Claudio respingó:

—No, Arcelia, ésa no es la solución. Cuando no votas, no se toma en cuenta para nada ese sufragio. Ni siquiera se registra. La abstención no afecta al reparto de escaños, o el porcentaje de votos que tiene cada partido. Por tanto, es como si hubieses votado por cada partido de forma proporcional a la representación que obtienen.

En ese momento intervino Pablo:

—Bueno, votemos en blanco.

—Es lo mismo –dio su punto de vista Hilda, que poco hablaba.

—Efectivamente, la abstención no “debilita el sistema”. Lo hace de una forma teórica y contraproducente, pues son menos los que deciden el destino de todos. Tampoco es cierto que con una abstención muy exagerada se destruiría la democracia, esto es falso: nada de eso viene considerado en la ley electoral, el sistema no contempla la posibilidad de que si no hay equis porcentaje de votos se anula la votación. Ojalá eso existiera y creo que hay que exigir que eso se haga –agregó Daniel con énfasis.

Habló Agustín, otro miembro del grupo, que deseaba ser escritor:

—Ahora, si no queremos votar por un partido, también podemos hacerlo por varios. Y en este caso votarías por la diversidad política. Que es otra opción.

Daniel:

—También habría que considerar que no puedes saltarte o no hacerle caso al sistema, ya que eres parte del sistema. No puedes sustraerte de “los políticos” porque todo lo que haces, lo que compras, lo que estudias, dónde vives y cómo vives es cosa de “políticos” y tu responsabilidad es encargarte de ello. Esto es una democracia. El mandato del pueblo. Tú, el pueblo, decides, para que sea posible de forma inteligente la convivencia y el desarrollo. Y ya no sólo te lo debes a ti, pues, en efecto, debes tomar las riendas de tu entorno y de tu futuro, se lo debes al pueblo. A la gente que tienes alrededor y por la que debes buscar el “bien común”; recordemos a Rousseau que tanto lo cita el profesor Vargas, a la gente que no puede votar, a los que no tienen elementos para hacerlo, a los que tienen menos recursos, a tus vecinos, tus compañeros e incluso a tus hijos. Se lo debes y te lo debes, porque tú eres quien decide. Es tu responsabilidad. Nuestra.

Alejandro, con firmeza dio su punto de vista:

—Votar es sin duda la decisión más importante que puede tener cualquier mexicano, y no debe tomarse a la ligera, porque votar requiere responsabilidad y conocimiento. Tenemos que analizar todas las propuestas y seleccionar la mejor. Puede ser cierto que sea más cómodo ser dirigido que dirigirse, pero es también más peligroso. Y es muy brillante, animado, vigorizador y muy ennoblecedor el ejercicio del voto. De estar seguros de que los que nos van a representar es porque ganaron con el voto ciudadano.

Hilda, que en el transcurso de la discusión había mejorado sus puntos de vista:

—Si queremos que nuestro país, estado, municipio o delegación mejore debemos votar y hacernos escuchar, debemos escoger a la persona más indicada para administrar y resolver los problemas de nuestro entorno o país. Al votar tomaremos mejores decisiones a nivel personal y también como grupo de individuos. El votar debe hacer responsables de las decisiones que toman a los líderes locales y nacionales que salieron electos.

De lo contrario, nosotros podemos exigirles que cumplan sus compromisos. Eso es lo que nos falta

a los ciudadanos. Exigirles el compromiso adquirido con su elección.

Yolanda:

—Tu voto envía un mensaje sobre los asuntos que para ti son importantes. El voto confirma nuestro derecho como ciudadanos libres de elegir a nuestro gobierno y de participar en la democracia. Sin votación, no hay democracia.

Claudio añade con intenciones de cerrar una discusión que se alargaba:

—Bueno, es como dijo el maestro Alberto Híjar: La democracia es al final del día lo que forja a las grandes naciones y lo que contribuye en la creación de gobiernos que modifican y engrandecen a los países.

—Después de varias discusiones más, decidieron, en grupo, que en verdad era importante votar, y concluyeron que la próxima vez que fueran convocados a ejercer su derecho al voto en cualquier periodo electoral, reflexionarían sobre su futuro, así como sobre la forma en la que contribuirán con el país. Al votar, se sentirán bien por el solo hecho de participar y hacer que su voz se escuche.

Votar es ejercer un derecho como cualquier otro.

Pero las cosas no eran así de sencillas. Quedaba algo grave, que iba contra sus ideas críticas:

¿por quién votar?

Fue Daniel el que recordó una plática que en su momento le pareció idiota, pero que ahora, bien vistas las cosas, era razonable. No votar por partidos, buscar en cada caso las mejores propuestas, los candidatos de mejor historial, los más limpios, los honestos.

Todavía Claudio alcanzó a decirle:

—¿Y de dónde vamos a sacar a esos señores y señoras perfectos? No hay partido que valga.

Hilda matizó su hostilidad hacia los partidos:

—Uno, díganme uno solo que se salve. Unos por viejos, otros por ladrones, otros por conservadores, otros más por corruptos, ninguno se salva...

Pero, ¿qué hacemos, dejarlos que se repartan el pastel y ni siquiera asuman compromisos?

—De acuerdo –dijo Daniel–, estoy de acuerdo, la única forma de buscar un rumbo adecuado al país es votando. Si coincidimos en esto, si no dejamos las cosas en manos de los partidos, podemos hacer conciencia ciudadana. Lo que es imposible es no ir a las urnas. De todos modos, alguien ganará...

Claudio entendió bien la idea de su amigo y añadió:

—Podemos buscar al más adecuado para diputado federal, al más digno para asambleísta, al que tenga un mejor proyecto para delegado. No votemos por partidos, no seamos dogmáticos, votemos por personas, por las mejores personas.

Con un intercambio de miradas triunfales el grupo selló su pacto. Y decidieron hacer propaganda entre sus amigos, familiares y vecinos, para que hubiera la mayor asistencia a las urnas, sobre todo de los jóvenes, que son quienes tienen en sus manos el futuro del país.

De esta forma, ejerciendo su derecho a votar, pueden cambiar el destino del país, que no los convence del todo. Que es posible perfeccionar, contribuir al esfuerzo que el país en su conjunto lleva a cabo. La verdad es que se sentían bien.

Todos ellos.

Claudio sentenció, sintiéndose un joven maduro:

—No creo que votar sea un problema simple-mente de democracia o patriotismo. Es pura inteligencia: una forma de vivir bien, con decencia y dignidad.